

en referir su gloria, en proclamar sus beneficios, y en darle á conocer á aquellos que no le conocen. Recibámosle en nuestros corazones por medio de la Sagrada Comunión, imitando en aquellos momentos la ferviente piedad del anciano Simeón. Procuremos sobre todo recibirle en nuestra última hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

C. BRETÓN.

DISCURSO

PARA EL DÍA 11 DE MAYO.

HUIDA Á EGIPTO.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN.—Huida á Egipto.

SUBDIVISIONES.—1. Sumisión de María y José á los divinos decretos.—2. Obediencia de María y José.—3. Martirio de los Inocentes.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.—Viaje por el desierto

SUBDIVISIONES.—1. Fatigas, sufrimientos.—2. Confianza en Dios.

Surge et accipe puerum et matrem ejus, et fuge in Ægyptum.
Levántate, toma el Niño y su Madre, y huye á Egipto.

(MATTH., II, 13.)

QUÁN poco tarda María en ver realizada la fatídica predicción que la hiciera el anciano del templo! Antes de nacer Jesús, José y su santa Esposa vivían en su humilde retiro, si bien pobremente, disfrutando de una envidiable paz. Mas desde que Jesús nace no hay para ellos momento de reposo, sinó que ven caer sobre sí á la vez la pobreza, el dolor, la inquietud, el sufrimiento. ¡Ah! es que do quier que va Jesús, va con El su Cruz y todas las contradicciones que deben rodear su existencia en la tierra. Tranquilos reposaban una noche los santos esposos, cuando de repente la voz de un Angel despierta á José, diciéndole: «Levántate presto; toma contigo al Niño y á la Madre, y huye á Egipto.» Hasta el mismo Angel parece alarmado en vista del peligro que corría aquel divino Infante. «Dijérase, escribe un Santo Padre, que el terror se había apoderado del Cielo, antes de esparcirse en la tierra. ¿Y por qué? Para poner á prueba el amor y la fidelidad de los que poseen á Jesús, y probarles que cuando se le posee, es forzoso participar de su Cruz y de sus sufrimientos.» El desenvolvimiento de esta idea va á proporcionar la materia de vuestra atención en el presente discurso.

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACION.

HUIDA Á EGIPTO.

La voz del celestial enviado hiriera profundamente el corazón de José. Levántase sin demora, despierta á su Esposa, trasmítela las órdenes que acaba de recibir, y María, sin pararse á inquirir por qué el Angel del Señor no se ha aparecido á ella misma, ó la ha dado aviso al propio tiempo que á José; sin detenerse á hacer ninguna de esas reflexiones que en casos dados se permite un alma imperfecta, susceptible de amor propio, adora por el contrario los divinos decretos, y se apresura á obedecer sumisamente. ¡Bella lección del respeto con que deben recibirse y acatarse las órdenes del Cielo, cualquiera que sea la vía por donde se nos transmitan, aunque sea por medio de personas de inferior grado! Sobre que María mira á José como á su superior, y en este concepto juzga muy justo que reciba antes que ella las divinas instrucciones.

Ahora bien, M. A. O., ¿qué efecto no debió producir en la Santísima Virgen aquel mensaje súbito del Cielo? ¡Qué sentimientos debieron brotar repentinamente en su alma, en vista de los sufrimientos de toda especie que preveía para su divino Hijo! ¡Aquel Hijo concebido y dado á luz de un modo tan maravilloso y celestial; aquel Hijo á cuyos pies una estrella milagrosa condujera á los reyes de Oriente que le adoraron como á su Monarca y á su Dios, temer ahora la muerte y huir secretamente!... ¡Aquél de quien el Angel había dicho que salvaría á su pueblo, no poder apenas salvarse á sí mismo! ¡Contraste doloroso! ¡Qué de fatídicos pensamientos agitarían el alma de María! Sin embargo, sumisa siempre á las órdenes del Cielo, que inviolablemente acostumbraba cumplir sin escudriñarlas jamás, tenía demasiado presentes las gracias que liberalmente la prodigara su Dios, para que no aceptase espontáneamente cualquiera aflicción temporal. Su alma bella se fortificaba y endurecía en medio de la agitación y de la amargura, como se endurece el coral en el seno de las amargas y agitadas olas del Océano. Recobrad, pues, vuestra santa confianza, ¡oh Madre dichosa! marchad con valor hollando con vuestra planta el áspid y el basilisco, sin temor al león y al dragón, pues en vuestros brazos lleváis á todo un Dios. Teniendo con Vos el Criador de Cielos y tierra, do quiera hallaréis con El vuestra herencia, vuestro descanso y vuestra patria.

En efecto, H. M.; dada la orden por José, María parte inmediatamente, sin otra estrella que la obediencia, sin más alimento que la voluntad divina, sin más apoyo que su abandono en manos de la Providencia, sin otra riqueza que Jesús. La prontitud de esta partida, que

San Mateo expresa tan clara como lacónicamente en aquellas palabras del Evangelio: *Qui consurgens accepit puerum et matrem ejus*; esta prontitud, repito, revela en María, no solamente su obediencia, sino también su pobreza. Y ved en qué me fundo. Entre los ricos, cuando se preparan para un largo viaje, es lo general hacer antes disposición de los bienes que dejan, preparar para el camino diversos objetos, trajes á propósito, alimentos, equipajes, caballos, dinero y otras cosas, para lo cual necesitan bastante tiempo antes de ponerse en camino. No sucede lo mismo respecto de María y José. Apenas reciben el aviso del Angel, cuando al momento abandonan sus modestos lechos, dejan su pobre choza, y en la misma noche emprenden un viaje tan largo y difícil, que con dificultad podría hacer en quince días una persona fuerte y robusta, y que para ellos era asunto de cerca de dos meses.

Entretanto, M. A. O., levantábase otra figura en la escena; era el envidioso Herodes, que ávido de exterminar al Rey recién nacido, sacrificaba á su furor satánico innumerables niños inocentes. Ese hombre representa un tipo inaudito y soberanamente abyecto de hipocresía y malicia, de crueldad y furor repugnante. ¿Y por qué Jesús, hombre de corazón, cuyo reino no era de este mundo, pobre y débil en su infancia, permitió verse hecho el blanco de tan viles pasiones? ¡Ah! Es para decirnos con su ejemplo, ya que entonces era incapaz de hacerlo con sus palabras: «Si á mí me han perseguido, también seréis perseguidos vosotros.» Es para consolarnos en las pequeñas persecuciones que experimenta nuestra débil virtud. Es para mostrarnos con su ejemplo y el de la tímida Virgen su Madre, cómo debemos hacer frente al furor de las persecuciones, á saber: con el silencio, la fuga y el destierro.

La voz desgarradora, los desesperados gritos de Raquel llorando la pérdida de sus hijos, no solamente se oyeron en Ramá de Benjamín, si que también, en sentir de muchos con San Justino (*Dial. cum Triph.*), penetraron hasta Ramá de Arabia, y allí sublevaron aquella valiente tribu de árabes que respondió á los lamentos de Raquel con un prolongado grito de venganza, iniciando contra Herodes una guerra que el monstruo abandonó en los brazos de su hijo. También llegaron á Roma estos gritos, hiriendo los oídos del emperador Augusto, según afirma Macrobio (en sus *Saturnales*), y otros autores no cristianos. Pero los arrogantes hijos de Roma ignoraban la caridad y la humanidad; así que, al saber Augusto semejantes horrores, junto con la muerte de Antípatro, se contentó con estigmatizarlos con aquella chanza sabida de todos: «Mejor quisiera ser el cerdo de Herodes que hijo suyo.»

Pero los dolorosos gemidos de Raquel habían resonado en todo el mundo, sus gritos habían penetrado en el Cielo, y la sangre inocente de sus hijos había pedido venganza con voz más fuerte que la de Abel. Del Cielo, pues, y no de otra parte debía venir el castigo, y por cierto no se hizo esperar. Mas no anticipemos los hechos; después de tales relatos, el corazón experimenta necesidad de descanso. Sigamos á

Jesús y María en su fuga, y después hablaremos del castigo de Herodes, cuando hayamos admirado cómo la Providencia hizo fracasar sus pérfidos designios.

SEGUNDA CONSIDERACION.

VIAJE POR EL DESIERTO.

La larga distancia que separa la Palestina de Egipto, proporcionó á la Sagrada Familia una larga serie de penalidades y nuevos sufrimientos. ¡Cuánto no hubo de padecer María! Ora el cansancio de tan largo viaje destrozaba sus delicados miembros; ora las olas de moviente arena la hacían suspender la marcha llenándola de terror; durante el día sofocábala el calor insoportable de aquellos abrasados climas: por la noche ni siquiera vislumbraban sus ojos un techo hospitalario, ni un árbol donde abrigarse, ni un poco de hierba ó de musgo sobre que descansar. Preciso era echarse sobre la agria arena, cuando el huracán no la levantaba en espantosas oleadas, para tomar un corto reposo que la fatiga hacía indispensable; y entonces el frío de las noches añadía un nuevo tributo de padecimientos á los miembros quebrantados por los calores del día. ¡Cuántas veces la ardiente sed secebaba aquel pecho virginal sobre que descansaba y dormía Jesús; y aún se tenía por muy dichosa cuando por casualidad apercibían los ojos inquietos de Jose algún charco turbio y cenagoso! Probable es que también padeciesen hambre; porque ¿cómo habían de bastar sus pobres provisiones á satisfacer las necesidades de tan largo viaje, tanto menos cuanto en medio de su alarma, ni áun tuvieron tiempo de proveerse de lo más indispensable aquellos infelices fugitivos?

Un día reveló María á un alma de las más amantes de su Hijo los secretos celestiales y los inefables sufrimientos que experimentó en aquel viaje. Aquella alma, iniciada en estos secretos, nada pudo ni quiso decir de cuanto la Santísima Virgen la manifestara, y sólo se limitó á pronunciar las siguientes expresiones, entre otras muchas que se reservó, las cuales había escuchado de los labios mismos de María: «Ya ves, hija mía, á través de cuántas penalidades hube de recorrer tan largo espacio. Pues has de saber que en el resto de mi vida tuve que soportar otras todavía mayores, porque siempre y donde quiera he caminado haciendo frente á todo género de tribulaciones. Por lo tanto, amada hija mía, preciso es sepas que ningún mortal obtendrá gracia alguna de un Dios inmortal, si no es experimentando antes graves sufrimientos, ya en su cuerpo, ya en su alma.» ¡Grabad, María, en mi alma, esta instrucción saludable, y enseñadme á sufrir como vos, con humildad, confianza y amor.

Caminaban, pues, penosamente María y José, humillándose bajo la potente mano de Dios, confiando á su providencia todos sus cuidados, como dice el Apóstol San Pedro (*Ep. 1, c. 5.*), seguros como es-

taban de que todo está sujeto á la voluntad divina, y que todo sucede bien para los que aman al Señor: *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* ¿Qué les importa, por lo tanto, que zumbe el trueno, que la tierra tiemble y se estremezca bajo sus pies, que las abrasadoras oleadas les amenacen, que las montañas se conmuevan, ó el cielo se hunda, ó el mundo se haga pedazos, ó el infierno se desencadene, teniendo consigo á Jesús? Ese débil Niño que duerme en el seno de su joven Madre, es para ellos la Providencia visible bajo cuyas alas están seguros. Si los párpados de Jesús se cierran al sueño, su corazón vela por ellos, y su amor los guarda; pues escrito está: «Que quien habita bajo la protección del Todopoderoso, puede vivir en paz sin alarmarse:» *Qui habitat in adjutorio Altissimi, in protectione Dei caeli commorabitur.* El que da á la flor del campo tan ricas vestiduras y proporciona el alimento á los hijos de las aves, ¿cómo ha de olvidar á su familia? ¡Oh María! hacedme recordar que yo también perteneczo á esa misma raza, como dice el Apóstol: *Ipsius et genus sumus.* Enseñad á mi corazón la filial confianza que debe caracterizar á vuestros hijos. Porque, ¿quién es aquel que, habiéndoos amado á vos y á Jesús, se ha visto reducido á morir de hambre?

Nunca, H. M., nunca la bondad divina desamparó á los dos ilustres viajeros, siquiera les probase amargamente. Si damos crédito á una multitud de tradiciones, revelaciones y autoridades tan antiguas como respetables, el Cielo, cuyo amor llevaban consigo, les socorrió y consoló en mil maneras todas inefables. Ora los Angeles les hacían compañía; ora les prestaban sus servicios, proporcionándoles, como en otro tiempo á Helí caminando hacia Horeb, pan, frutas y alimentos convenientes á la frugalidad de María; unas veces los árboles se inclinaban para saludar á Jesús y María, y ofrecer á aquella trinidad terrestre la suave sombra de sus hojas y el alimento de sus frutos; otras, brotaba en medio del desierto un límpido manantial para satisfacer la ardiente sed de los divinos fugitivos.

¿Y por qué no habíamos de aceptar con fe esos hechos apoyados en monumentos tradicionales tan fundados como respetables?

El Misterio de la huída de la Sagrada Familia á Egipto, está lleno de preciosas enseñanzas para nosotros, M. A. O. Enséñanos, sobre todo, cómo debemos someternos á las tribulaciones y acontecimientos adversos de la vida. Si el Salvador tanto padeció sin quejarse; si María y José soportaron pacientemente las fatigas y privaciones de tan largo viaje, junto con las amarguras inherentes á un duro destierro, ¿nos atreveremos á murmurar de la Providencia en nuestras penalidades infinitamente menos crueles? ¡Oh! Hagamos nuestra peregrinación en este mundo, llenos de resignación en la voluntad de Dios, como la Sagrada Familia en su huída á Egipto, invocando á todas horas, para animarnos, los dulces nombres de Jesús, María y José; y después de tan penoso camino, llegaremos á la Jerusalén santa de la gloria. Así sea.

DE VARIOS.